

COLINA 112

ADRIAN GOLDSWORTHY

# COLINA 112

Una novela del Día D y la batalla de Normandía

Traducción de Julieta Lionetti



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Hill 112. A novel of D-Day and the Battle of Normandy*

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: noviembre de 2025

© Adrian Goldsworthy, 2024

The translation of *Hill 112* is published by Edhasa by arrangement with  
Bloomsbury Publishing Plc.

© de la traducción: Julieta Lionetti, 2025

© de la presente edición: Edhasa, 2025

Diputació, 262, 2<sup>o</sup>1<sup>a</sup>

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares  
del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total  
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía  
y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares  
de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,  
[www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra  
o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6455-2

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 19896-2025

Impreso en España

Ésta es una novela basada en hechos reales. El Regimiento de Glamorganshire y el 165.º del Real Cuerpo de Blindados son ficticios, pero todas las acciones clave y casi todos los pequeños incidentes que se relatan reflejan lo que realmente sucedió, aunque a veces en un día y un lugar diferentes. He hecho todo lo posible para que los personajes actúen y hablen como sus equivalentes en la vida real. Muchos de los soldados que desembarcaron el Día D, e inmediatamente después, eran muy jóvenes. Ésta es la historia de algunos de esos hombres (o muchachos, en realidad). No puede ser la historia de todos los que participaron en la campaña de Normandía. Los canadienses, que desempeñaron un papel vital en la batalla –con una presencia significativa en tierra, pero también en el mar y en el aire–, aparecen sólo en los márgenes. Los estadounidenses apenas están. Esto se debe, simplemente, a que la historia se cuenta desde la perspectiva de tres jóvenes procedentes del mismo pueblo de Gales del Sur, pero de ninguna manera pretende denigrar la contribución de los demás. Una novela como ésta tiene poco que ver con la estrategia y no puede incluir a todos los que, procedentes de muchos países distintos, lucharon en la guerra. Los soldados que luchan no pueden ver el panorama general.

*Día D, martes, 6 de junio de 1944  
7:00 horas GMT + 2, canal de la Mancha,  
a tres millas de playa Gold, Sector King*

–¿Quieres ver esto? –El cabo Collins solía hablar en voz alta y clara, pero incluso él tenía que gritar para hacerse oír por los hombres que estaban a su lado. Cañón tras cañón, se disparaba, golpeando el bancal, y el sonido retumbaba en sus oídos–. ¡La madre que los parió! –añadió al momento, ya fuera por puro terror o simplemente por decir algo.

Collins y tres hombres más estaban de pie en la parte trasera de su tanque Sherman, que, al igual que los demás vehículos de la lancha de desembarco, estaba encadenado para que se mantuviera en su lugar durante el viaje. La LCA, o lancha de asalto, tenía poco más de cincuenta y cinco metros de largo, menos de cuatro de ancho y la forma de una caja abierta, sin consideración alguna por la elegancia y el estilo, ni ninguna otra cosa que no fuese la utilidad. Como su nombre indica, había sido diseñada para transportar tanques y camiones a través del agua, y, gracias a su fondo plano, dejarlos en la arena al llegar a la playa. Los hombres que conducirían esos vehículos habían sido reclutados tardíamente, y se esperaba que se las arreglaran lo mejor que pudieran. Bajo el puente de la popa cuadrada, había escaso alojamiento para la propia tripulación, y los pasajeros ocupaban la cubierta principal, un poco resguardada por los costados, pero abierta al cielo.

La mayor parte del regimiento estaba más atrás, en un par de grandes LCT, anfibios de blindados\* que la imaginación de los tanquistas había convertido en transatlánticos de preguerra de un lujo casi decadente. Las únicas disputas giraban en torno a qué soldados eran más ofensivos o a cuáles había que envidiar más, aunque los destinados a los barcos estadounidenses –con toda la generosidad de ese próspero país, ajeno al racionamiento– iban por delante en las apuestas.

–¡Cabrones codiciosos! –Era el veredicto general–. Se atiborrarán hasta el final.

Aun así, los barcos estadounidenses carecían de alcohol, por razones que bien conocían sus extraños primos transatlánticos, y había mucho que decir a favor del ron de la Armada Real.

Esas discusiones, sorprendentemente detalladas y ferientemente sostenidas, habían tenido lugar antes de que abandonaran el estrecho de Solent. Después de eso, la LCA empezó a cabecear y a rolar como una atracción de feria. La situación fue empeorando a medida que avanzaban. Pronto se apagó toda conversación, y los pensamientos sobre comida y bebida se convirtieron en un tormento más que en un sueño. Las numerosas «bolsas de vómito» se habían llenado pronto, y la mayoría fueron arrastradas por el viento cuando los hombres, frágiles y exhaustos, las vaciaron por la borda. Una lluvia temprana los dejó a todos mojados, y la rociada de espuma pronto completó el trabajo, aumentando la miseria absoluta de los soldados, que temblaban y vomitaban. De repente, la amenaza de colisión con una mina o un torpedo se volvió demasiado lejana como para percibirla.

\* Un anfibio de desembarco era capaz de transportar unas quinientas toneladas de vehículos y equipos, y desembarcarlos directamente en una playa. (*N. del A.*)

La cubierta todavía apestaba a vómito, que se mezclaba con el olor a sal y a aquella persistente combinación de grasa y gasolina que solía flotar alrededor de los tanques. James Taylor descubrió que seguía oliéndolo incluso cuando estaba de permiso, de la misma manera que perduran en las fosas nasales el olor a establo, a cuero viejo, a estiércol y a sudor de caballo.

James había crecido junto al mar. Había pasado gran parte de su infancia dentro y alrededor de barcos, y siempre se había considerado un buen marinero, con un estómago fuerte. Eso había sido así hasta la noche anterior. No fue el primero en sucumbir, e incluso cuando la lancha comenzó a sacudirse por las olas casi logró subir al puente. Luego había bajado a cubierta para ver cómo estaban sus hombres, como debe hacer un buen oficial, y el hedor, y tal vez el hecho de no poder ver, lo había atrapado. De repente se vio doblado en dos, con arcadas, y salpicando las ruedas del tanque con su propio vómito. Por un momento, se preguntó si aquello era un golpe de suerte, porque decían que la tripulación de un avión orinaba en el volante antes de una misión, a modo de ritual. La idea no duró mucho, porque pronto perdió toda la voluntad y la energía como para hacerse preguntas. Incluso la vergüenza de manchar el mono con su propio vómito había desaparecido.

La luz del día ayudó, y seguramente también la naturaleza del sistema digestivo, pues en su interior no quedaba nada más que pudiera expulsar. Cuando regresó al puente, ya se había recuperado. Sin embargo, el deber era el deber. James había sentido temor al bajar a cubierta nuevamente, aunque, hasta entonces, todo iba bien. Algunos de sus hombres y otros de la tropa de reconocimiento estaban de pie o apoyados contra los tanques, pero la mayoría permanecía sobre los vehículos para poder ver más allá. Afortunadamen-

te, nadie vomitaba, ya que no estaba seguro de poder soportar el sonido o el olor fresco del vómito.

James deambuló arriba y abajo, intercambiando algunas palabras medio audibles y más asentimientos y sonrisas. Nadie lo saludó, porque se trataba de un regimiento blindado, y esas formalidades se guardaban para cuando fuera necesario. Al fin, se detuvo junto a su tanque y miró a la tripulación. El Sherman era una pieza de metal grande y muy alta, en comparación con otros tanques. Su puesto en la escotilla principal de la torreta, que tenía forma de cúpula, estaba a casi tres metros del suelo, y, aunque los muchachos permanecían de pie sobre el motor, sus botas quedaban casi a la altura de los ojos, de modo que, desde allí, podían otear por encima de la borda el costado pintado de gris de la lancha. Se preguntó si poner el pie en la oruga y subir para unirse a ellos, aunque, con los altos extractores agregados a los tubos de escape, no había mucho espacio.

En ese instante, unos pavorosos estallidos rasgaron el aire, chocando entre sí hasta fundirse en un único estruendo, seguido del silbido inconfundible de los proyectiles atravesando las alturas. Estaban cerca del *HMS Belfast*, y el crucero debía de haber disparado con su docena de cañones de seis pulgadas.

—¡No me jodas! —La voz del soldado Whitefield se oyó en lo que, por unos instantes, pareció casi silencio—. Parecen los chasquidos del látigo del diablo.

El londinense tendía a ser hosco y se enfadaba con facilidad, pero tenía esos raros momentos poéticos. James sabía a qué se refería. Se esperaba que los LCT, o incluso los grandes cruceros como el *Belfast*, sonaran como un trueno cuando disparaban. Así era siempre en los noticieros: un estruendo profundo, potente y cargado de intención, antes de que la cámara girara y mostrara, a lo lejos, chorros de agua levantados por la caída de los proyectiles. En la gran

pantalla todo quedaba muy claro, ya fuera un reportaje con la voz entrecortada del narrador explicando o inspirando, o en una imagen donde el objetivo no era más que un modelo de barco en un tanque de agua de estudio, y uno sabía que, al final, todo saldría bien. Pero aquel sonido había sido mucho más agudo y mucho más fuerte. El bombardeo era sencillamente mayor y más ruidoso que cualquier otra cosa que hubiera oído nunca antes, incluso cuando habían realizado disparos reales en los ejercicios.

El fuego había comenzado una vez salido el sol, y sólo se había detenido para permitir que los bombarderos también lo intentaran. Los tanquistas habían visto pasar algunos de los aviones, bimotores medianos, con franjas blancas brillantes en las alas, mientras entraban y salían de las nubes. Durante media hora, los aviadores lanzaron sus bombas y, una vez que estuvieron fuera del paso, los barcos volvieron a abrir fuego. Después se les unió la artillería de campaña, cañones autopropulsados, también colocados en LCA, pero con sujeciones especiales, para que pudieran disparar desde las cubiertas hacia la orilla. Más tarde, los siguieron otros LCT, especialmente reconvertidos para que lanzaran ráfagas de grandes cohetes. La playa se había vuelto una masa de humo y polvo oscuro, con pequeños destellos causados por las explosiones, pero sin un patrón definido.

—¿Habéis visto eso? —dijo Collins, sacudiendo la cabeza con asombro.

—No puede quedar mucho. —El soldado Albright era el más joven de la tripulación, un muchacho bajo y desgarrado con el lento acento de Wolverhampton. La lancha estaba dando la vuelta, siguiendo a la que tenía delante, y los alejaba del *Belfast*, de modo que la siguiente andanada fue menos abrumadora. James dudaba de haber captado lo que el muchacho estaba diciendo—. Quiero decir que no puede

durar mucho, después de toda esa mierda que les ha caído encima –suspiró, y añadió–: Pobres cabrones.

–Nada de pobres cabrones –respondió Collins–. Esos malditos alemanes nos están esperando con sus cañones de 88 mm y sus ametralladoras Spandau para zurcirnos. Servílos bien, muchachos. ¡Aplastadlos! ¡Que no quede ninguno!

–Ya no pueden quedar muchos –dijo Albright–. Simplemente, desperdiciaremos munición.

–¿Acaso la pagas tú? –gruñó Whitefield–. Rompámosles el culo a todos, digo yo. –Trató de imitar lo mejor que pudo un acento elegante–. No escatimes en gastos..., y a casa, Philips, y sin perder el tiempo.

Albright se encogió de hombros.

–Sólo estaba diciendo que, para el caso, vayámonos ya. No puede haber quedado nadie en pie.

–Prestad atención al maldito lote, aquí. –El mal genio de Whitefield iba en aumento–. ¿Qué diablos sabrás tú? Esos teutones están acurrucados en refugios de hormigón de dos putos metros de espesor. Mi viejo estuvo en el Somme. Le dijeron que simplemente tendrían que cruzar caminando hacia lo que quedaba de la línea del frente enemigo. «Los cañones los habrán matado a todos», les dijeron. ¡Y una mierda! En cuanto se alejaron, aparecieron todos esos asquerosos teutones con sus ametralladoras. Al final del día, sólo quedaban tres hombres de la compañía de mi viejo. ¡Tres! ¡Ésa es tu maldita artillería y tu maldita Marina!

Collins miró hacia atrás y vio al oficial justo por debajo de ellos. Le dio un toque con la bota a Whitefield, y éste sonrió tímidamente. Los ojos del londinense permanecieron beligerantes, pero no dijo nada más.

–Alf nos está dando una lección de historia, señor –explicó el cabo primera.

–Espléndido –exclamó James con su vozarrón, devolviéndole la sonrisa–. Me encanta la historia. –Era bastante cierto, aunque no importaba. Él era el comandante de tres pelotones con todo el poder embriagador de una sola insignia de segundo teniente en cada hombro, y tenía suficiente sentido común para saber lo poco que eso significaba realmente.

–¿Nos iremos pronto, señor? –preguntó Albright.

James fingió no ver a Whitefield y puso los ojos en blanco.

–Todavía hay que esperar –respondió–. Ya conoces el plan. Las olas de asalto están por delante de nosotros. Entrarán pronto. Todavía faltan unas horas, muchachos, y luego al menos estaremos de vuelta en tierra firme.

Todos, excepto Albright, eran mayores que él, pero era probable que nadie se opusiera a que los llamara muchachos. A cinco meses vista de cumplir veintiún años, por lo que aún no tenía edad suficiente para votar, se suponía que el segundo teniente James Taylor debía cuidar de los hombres que conformaban su tropa, incluso de los que tenían mucha más experiencia en la vida, que eran casi todos. La escuela y el Ejército sólo enseñaban hasta cierto punto, y él no sabía mucho.

–¡Joder con el condenado rayo! –gritó Collins alegremente–. Si hubiera querido flotar, me habría alistado en la maldita Marina.

–Eso si te hubieran aceptado –dijo Whitefield mientras James asentía y se alejaba–. Y tú –prosiguió Whitefield–, ¿qué es eso de preguntar cuándo desembarcaremos, eh? ¿Aún no has aprendido nada sobre el Ejército, muchacho?

–Simplemente es diligente, eso es todo –dijo Collins–. Un buen chico con ganas de aportar su granito de arena. No es un vulgar y malcriado imbécil que intenta escabullirse.

—¿Haciendo pellas? ¿Y nosotros vamos como refuerzos? Collins se burló.

—Es mejor que ir primero, amigo.

—¿Tú crees? Para cuando lleguemos allí, el teutón tendrá sus grandes cañones apuntándonos. Eso es lo que nos tocará, colegas, putos cañones enormes justo encima de nosotros. No, el mejor lugar es justo atrás, pero, si no puedes colocarte allí, ve al frente y cúbrete rápido. Los pobres tipos del medio siempre se llevan la peor parte.

—La verdad, sería mejor que escribiera a su parlamentario —le aseguró Collins—. Puede regresar a nado con la carta y hacer que nos trasladen —se rio—. Miserable idiota. Al menos este escocés —señaló a Albright— es alegre. Y después de un tiempo uno se acostumbra a su olor. Bueno, después de un tiempo es un decir...

Una nueva salva ahogó el resto de la conversación. James hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y regresó al puente, balanceándose mientras caminaba, porque debían de haber girado contra las olas cuando la lancha siguió a las demás en otro amplio círculo. El agua sucia recorría la cubierta con cada movimiento, acumulándose en el extremo hasta que la embarcación volvía a moverse y emprendía otro viraje. El hedor casi le provocó náuseas otra vez, así que se apresuró todo lo que se lo permitió su dignidad. Al menos, los hombres volvían a gemir y a burlarse unos de otros, lo que hacía que todo pareciera más normal, pues el angustioso silencio de la última noche había sido tan inquietante como comprensible. El mar no estaba más tranquilo ahora, tal vez incluso estaba peor, pero había más que ver, ciertamente, y más en que pensar, y todos parecían sobre-llevarlo lo mejor posible.

No eran sólo los tres pelotones, sino muchos más, si se pensaba bien, los que estaban atacando el Muro Atlántico de Hitler y tratando de liberar Francia. Ésa era la idea,

de todos modos. Ya fuera como los primeros, los últimos o los de en medio, la LCA terminaría llevándolos a la playa, donde harían tierra y conducirían hacia la costa. Entonces los alemanes intentarían detenerlos con sus ametralladoras Spandau y sus cañones 88, como había dicho Collins. Las ametralladoras no importarían mientras estuvieran dentro del tanque, pero los 88... Aquel cañón alemán se había convertido en una leyenda en la guerra. Diseñado para bombardear aviones que volaban a varios kilómetros de altura, disparaba un proyectil inmenso, muy rápido y directo. Rommel, el mismo general alemán que se decía que estaba planeando la defensa de Francia, había descubierto hacía años que un arma así podría ser igual de letal contra objetivos terrestres, especialmente contra tanques. Ningún blindado (al menos ninguno fabricado por los aliados) podía detener un proyectil tan grande y veloz.

Collins tenía razón. Los alemanes los estarían esperando, y no serían ellos quienes los derrotarían. Aquellos desgraciados no estaban dispuestos a dejar de tocar las narices, lo que significaba que alguien tendría que convencerlos de que pararan, y en realidad esa invasión estaba destinada a lograr precisamente eso, y de una vez por todas. Era para lo que todos se habían estado entrenando, algunos durante cuatro años. James incluso había llegado a soldado tras pasar la mitad de ese tiempo sin que nadie le disparara. Su regimiento, el 165.º del Real Cuerpo de Blindados, era nuevo. Se había formado durante la guerra, y hasta ahora nunca lo habían enviado al extranjero. Aparte de un puñado de veteranos que habían entrado en el regimiento en los últimos meses, ninguno de ellos había visto nunca una batalla..., hasta ahora, y, por el momento, sólo estaban al borde de ella. Tal cosa seguramente obligaba a pensar hasta al menos imaginativo, y era mejor charlar y quejarse que meditar en silencio.

James había bajado a cubierta diciéndose a sí mismo que todo aquello debería animar a los hombres. No tenía idea de si había logrado parecer confiado y despreocupado, y, en caso afirmativo, si eso había servido de algo. Lo que sí sabía era que se sentía mejor al haberlos visto y oído a todos. Confiaba en ellos, incluso sin estar muy seguro de sí mismo.

\* \* \*

*7:25 horas*

–La Hora H –dijo el capitán Symonds cuando James volvió a subir al puente abierto.

–Dios los ayude a todos –exclamó, con fervor, el teniente de la armada al mando de la LCA.

Una andanada de cohetes siseó, haciendo chirriar el aire, y las llamas que los siguieron aportaron un extraño toque de color en medio de tanta monotonía. Por lo demás, era un mundo de mar gris..., salvo por las coronas blancas de las rompientes. Grises eran los barcos y los LCT, y sólo Dios sabía qué más. Todo se hallaba bajo una nube gris sin apenas una abertura para mostrar el cielo. Incluso los tanques, pintados de forma monótona, parecían más grises que verdes bajo aquella luz, y los rostros de los hombres reflejaban un semblante igual de sombrío.

Sin embargo, el color que le faltaba a la escena se veía compensado por su monumental escala. Había naves por todas partes hasta donde alcanzaba la vista: buques de guerra, LCT y LCA de todas las formas y tamaños. Más allá, James podía ver filas de lanchas corriendo hacia la playa. Eran pequeñas cajas abiertas, tan pequeñas que tenían que ser transportadas hasta allí en barcos más grandes, y luego ser sumergidas en el agua, cada una con un pelotón de treinta

personas. Algunos de los hombres habían bajado por las redes para subir a la pequeña embarcación de asalto, que se balanceaba violentamente. En el mejor de los casos, James no los envidiaba, y mucho menos teniendo que cargar con el equipo con aquel oleaje. Un solo descuido, y eso sería todo: se hundirían como una piedra o acabarían hechos picadillo contra el costado de un barco cuando la lancha de desembarco abarloara. No, no los envidiaba y, a pesar de toda su incomodidad, se sentía mejor en una embarcación que los llevaría lo suficientemente cerca como para dejarlos en tierra.

Symonds observaba la orilla a través de sus binoculares. El bombardeo debería estar desplazándose hacia el interior, a medida que desembarcaba la primera ola. James levantó sus propios anteojos, pero podía ver muy poco a esa distancia, con todo el humo y el polvo persistentes.

El 165.º estaba formado por otros dos regimientos blindados, los Dragones y el Yeomanry, que lideraban el ataque. Por esta razón, cada uno de esos regimientos tenía dos de sus tres escuadrones equipados con una de las nuevas armas secretas, el DD o tanque de natación, diseñado para que, mediante unos protectores de lona y unas hélices accionadas por el motor, las treinta toneladas de un tanque Sherman pudieran convertirse en un bote. Funcionaba, *mirabile dictu*, porque James había hablado con varios oficiales de los otros regimientos y había visto algunos de los DD en los ejercicios. Así que era bastante seguro, siempre y cuando la lona no se rasgara o las olas no superaran unos pocos metros de altura, y todo eso antes de que los alemanes empezaran a prestar atención.

James continuó explorando el mar en dirección a la playa, pero no pudo ver ninguno de los tanques de natación. Había filas de LCA. Las que iban en cabeza permanecían inmóviles, lo que presumiblemente indicaba que ya habían hecho tierra; detrás, otras lanchas, así como LCT,

espaciados a intervalos amplios, probablemente transportaban ingenieros con sus tanques especiales, diseñados para limpiar campos de minas y zanjas de puentes. Algunas pequeñas formas oscuras en la arena indicaban que algunos ya habían llegado a tierra.

Había un patrón en toda aquella actividad, y, en muchos sentidos, resultaba familiar, ya que habían pasado meses practicando para ese momento. Una y otra vez habían recorrido distancias concretas hasta un puerto, e incluso se habían embarcado haciendo retroceder con cautela a los Sherman hacia la lancha. Al principio, normalmente salían directamente una vez que todo estaba cargado, y recorrían otras distancias y rutas establecidas para simular el desembarco y el avance tierra adentro. En ocasiones, incluso se hicieron a la mar y desembarcaron en algún lugar real. Un sargento del escuadrón había tenido el placer de invadir su propio pueblo en Dorset, partiendo de la playa y pasando por la pequeña cabaña que él y su esposa habían alquilado, hasta que ella se vio obligada a marcharse cuando el Departamento de Guerra expulsó a los civiles de la zona.

Nadie podría decir que los preparativos no habían sido minuciosos. Ejercicio tras ejercicio, mientras se formaban, se ajustaban y se refinaban los intrincados planes. Las naves de desembarco y las barreras ya no eran nada nuevo para ninguno de ellos; aun así, aquello era diferente, tanto en escala como en todo lo demás. El mar nunca había estado tan lleno de barcos, ni siquiera durante el ejercicio más importante, y el bombardeo era mucho más fuerte y prolongado. El cielo parecía casi tan lleno como el mar, siempre que se pudiera vislumbrar, porque había aviones aliados por todas partes. Algunos cazas descendían en picado, casi rozando la superficie de las olas. Era una visión simplemente asombrosa y, al mismo tiempo, grandiosa e inspiradora, casi indescriptible.

Aquella era la playa Gold, situada en el centro del desembarco. Unas millas al este, estaba Juno, por donde debían entrar los canadienses, y más allá, Sword, que completaba el sector británico. Al oeste, se encontraban las dos playas donde los estadounidenses tendrían que haber desembarcado hacía una hora, ya que allí la marea subía más temprano.

En la sesión informativa principal les habían dicho que más de siete mil barcos participarían en los desembarcos, y, al contemplar la escena a su alrededor, James podía confirmarlo. Aquel lanchón era uno de los aproximadamente ochocientos que se dirigían, en un flujo constante, desde el sur de Inglaterra hacia Francia, regresando luego con los heridos y volviendo nuevamente con tropas frescas, equipo y provisiones a las playas, y así sucesivamente. Era gigantesco, y el coste, demasiado alto para calcularlo.

James bajó los binoculares y miró hacia arriba. Un Spitfire los sobrevoló, y el piloto agitó con entusiasmo las alas rayadas de blanco y negro.

—Es una cura de humildad, ¿no? —dijo Symonds observando el avión—. Todo esto se ha hecho para nuestro beneficio —suspiró—. Creía que Alamein era grande, pero esto... —El comandante de la tropa de reconocimiento del regimiento era uno de los veteranos, un viejo soldado del desierto enviado como leva al 165.º—. Puede hacer que cualquiera se sienta bastante modesto, y provocarle un condenado dolor de cabeza.

James asintió, incapaz de hablar, porque en ese momento se sentía más insignificante que modesto. ¿Qué eran todos ellos, sino pequeños engranajes de una máquina enorme y compleja? El destino del mundo se estaba decidiendo, según decían los noticieros, y eso no le daba al mundo ni a los cielos mucho tiempo para considerar el destino de James Taylor. Se dio cuenta de que su mano derecha casi había llegado a tocar el bolsillo de su pecho. Como la mayoría

de los hombres, llevaba un mono de tanque de una sola pieza encima de la guerrera y pantalones de batalla, pero aun así sentía frío y estaba mojado. Eso significaba que no podía tocar el bolsillo, y mucho menos lo que había dentro. De repente, se sintió culpable y avergonzado, y rápidamente volvió a agarrar sus binoculares con ambas manos. Nadie parecía haberse dado cuenta, y no había ninguna probabilidad de que conocieran su secreto, pero le preocupaba parecer extraño y, además, furtivo.

Symonds no parecía haber prestado mucha atención.

—¿Ha estado alguna vez en Francia?

—Sí. Bueno, en cierto modo. A mi padre le gustan las montañas y el senderismo, así que tomamos el tren-barco un par de veces, pero no nos detuvimos en Francia. Él quería llegar a Suiza lo antes posible. —Por alguna razón, James prefirió no mencionar sus vacaciones en el Tirol—. Realmente, no vi nada. ¡Al menos me ahorré la vergüenza de tener que practicar mi francés de colegial con los nativos!

—Siempre es arriesgado, y no estoy seguro de que la tan citada sabiduría de hablar alto y despacio sea realmente eficaz.

Nadie en el regimiento sabía mucho sobre Symonds, ni siquiera su edad estaba clara. Tenía arrugas alrededor de los ojos, grises, y su piel, que alguna vez había sido clara, estaba oscurecida por la exposición al sol, aunque eso valía para muchos antiguos miembros del Octavo Ejército. Se sabía que en el desierto había habido tres tiroteos de tanques justo debajo de sus narices y que había salido ileso. Se oían rumores de locura, lo que podría explicar la falta de condecoración, y conversaciones acerca de una carrera aventurera antes de la guerra, con historias sobre que había sido jugador de cartas profesional en cruceros. Todo aquello lo hacía parecer un cruce entre Arthur C. Raffles y Simon Templar.

—Amo a Francia —dijo Symonds, con un tono mucho más serio de lo habitual—. París, por supuesto, pero también la costa. Pasé mucho tiempo en Deauville...

La voz del capitán se apagó. Parecía perdido en sus pensamientos. James había oído hablar de aquella ciudad turística y de sus famosos casinos, lo que encajaba bien con algunas de las historias sobre Symonds. El capitán parecía un hombre educado, bien hablado y elegante, que vestía su uniforme con un aire informal apenas aceptable, sobre todo por ser quien era. Los tipos del Octavo Ejército eran famosos por su vestimenta individualista y deliberadamente poco militar. Sin embargo, la impresión que todos tenían del nuevo capitán era que ya no se trataba de un hombre rico, o al menos no tenía buenos contactos, aunque nada de esto importaba porque ciertamente conocía su trabajo y caía bien a la primera.

—Es bueno estar de regreso —dijo Symonds en voz alta, rompiendo el silencio o al menos el constante tamborileo de las armas. Miró el reloj—. Debemos llegar a H + 120 como muy pronto. Aún queda otra hora y media.

—Tal vez. —El teniente de Marina parecía escéptico—. Nadie planeó este viento. Nos lleva cada vez más cerca de la playa.

Todavía estaban dando vueltas. El suyo era uno de la media docena de lanchones que esperaban su turno. En ese momento, se dirigían hacia la playa, pero pronto se alejarían. Delante de ellos había otra nave que transportaba al resto de la tropa de reconocimiento, uno o dos Sherman y algunos coches de exploración. Debían desembarcar y avanzar juntos, todos bajo el mando de Symonds, uniéndose a una compañía de infantería. Estos últimos tenían que ir en bicicleta, añadiendo un toque extrañamente primitivo a los complejos barcos, equipos y maquinaria desplegados para la invasión. James todavía estaba sorprendido por esa parte de las órdenes. Podría pensarse que las fábricas de Gran

Bretaña y Estados Unidos habrían sido capaces de idear algo mejor que tener que pedalear en un momento tan crítico.

Symonds hizo un gesto al marino.

—Bueno, ése era el plan, por si sirve de algo.

—Dígaselo al clima.

—Entonces, ¿debo suponer que daremos varias vueltas más alrededor del faro antes de que el hombre del megáfono nos diga que se nos acabó el tiempo?

El teniente sonrió.

—Algo así.

Dos chorros de agua blanca surgieron del mar a quinientos metros de distancia a estribor, justo delante de una línea de LCT que se dirigían a la playa. James apenas evitó soltar que algún maldito estúpido estaba fallando las rondas cuando se dio cuenta de la realidad. Se trataba del enemigo.

Cayeron otros dos proyectiles, esta vez detrás de los LCT, lo suficientemente cerca como para arrojar espray sobre uno de ellos. No sabía quién iba a bordo, si las compañías de apoyo de los batallones de asalto o las primeras de reserva. James tenía muchos amigos repartidos por el Ejército, algunos incluso de la infancia, especialmente de la antigua pandilla del pueblo. Sabía que dos de ellos, Mark Crawford y el viejo y sombrío Toby Judd, estaban en el mismo batallón. No creía que estuvieran con la división en Gold, aunque no estaba seguro.

La siguiente salva falló un disparo, pero un nuevo proyectil dio de lleno en la cubierta de una LCA. La pequeña embarcación se desintegró, y pedazos de metal y madera volaron por el aire junto con la espuma. Estaban demasiado lejos para ver a los hombres destrozados por la explosión, pero, en un instante, no quedó nada, sólo pecio flotando en el mar agitado. Nadie dijo nada. ¿Qué había que decir? Un pelotón había desaparecido. Unos treinta hombres murieron al ser alcanzados por los explosivos y la metralla, o

bien se ahogaron porque nadie pudo detenerlos o alcanzarlos a tiempo. Las otras lanchas de asalto siguieron avanzando entre las olas hacia la orilla, y los siguientes proyectiles no estuvieron tan cerca.

James enfocó los binoculares y no pudo ver ningún rastro, ni siquiera una mancha de aceite. No había nada. Tal vez alguno de sus amigos iba a bordo, y, si no, seguramente eran hombres muy parecidos a ellos, que vestían prácticamente los mismos uniformes. Miró hacia la costa y vio un LCT volcado hacia la playa, con un denso humo negro saliendo de la popa. Otro estaba parado, bastante lejos de la playa, ya sea por daños o por haber chocado con un banco de arena o algún otro obstáculo. En la misma arena vio las formas pequeñas y achaparradas de los tanques, aunque no pudo distinguir si eran Sherman o Churchill. Volvió a enfocar sus binoculares, y, cuando al fin pudo comprobar que uno de ellos era un Churchill, el tanque explotó con una llamarada vívida en medio de la oscuridad.

—Pronto será nuestro turno —dijo Symonds a su lado. No estaba mirando a la playa, sino hacia arriba, mientras otro par de cazas volaban por encima.

\* \* \*

*08:55 horas, en algún lugar de Sussex*

El soldado raso 649 Judd tenía frío. Estaba tumbado sobre la hierba húmeda, con la culata de la ametralladora Bren cómodamente metida en el hombro. Su mano derecha descansaba en la empuñadura, y la izquierda sujetaba la parte superior del arma justo delante de la mejilla. El bípode que tenía delante estaba firme, y Griffiths, su número dos, estaba situado a su izquierda, listo para reemplazar el cargador, o incluso cambiar el cañón si seguían disparando y el metal

se calentaba demasiado. A su izquierda estaban también los otros dos equipos Bren del Pelotón Nueve.

La llovizna no había cesado y Judd tuvo que parpadear para aclararse los ojos y asegurarse de que estaba alineado con el objetivo. Su nombre de pila era William, normalmente, Bill o Billy en esos días, aunque en la escuela preparatoria había sido «Toby» Judd para los niños, a quienes no les preocupaba la estricta exactitud cuando se trataba de un buen apodo. Las orejas de Bill sobresalían de manera impresionante cuando era chico, y pasaron años antes de que su cabeza creciera lo suficiente como para alcanzarlas. Aun así, ya no quedaban muchos de aquellos muchachos, y probablemente serían aún menos a finales de año, a medida que la guerra se prolongara eternamente.

Judd apretó el gatillo y se relajó; lo apretó de nuevo y disparó tres ráfagas constantes que hicieron temblar el objetivo de lona cuando las balas dieron en el blanco. La Bren era una pieza precisa de maquinaria, y Bessie (el nombre que le había dado a la suya, aunque nunca lo había admitido ni lo admitiría ante nadie) se portaba especialmente bien. Los cartuchos de latón vacíos caían sobre la hierba desde debajo de la recámara. El cargador estaba vacío, y Griffiths debía de haber estado contando, porque lo sacó y colocó uno nuevo en su lugar, golpeando a Judd en el casco para indicar que el arma ya estaba cargada. Antes de que pudiera amartillar, sonó un silbato.

—¡Alto el fuego!

Griffiths quitó el cargador y lo reemplazó por uno vacío. Judd tiró de la manivela de carga para expulsar cualquier bala que quedara dentro, aunque no había ninguna. El sargento inspeccionó debidamente cada arma para asegurarse de que fuera segura y luego los dispensó para que se unieran al resto del Pelotón Nueve.

—Tomen un poco de té y un bollo, muchachos.

Había una camioneta estacionada en la parte trasera de la cocina, con un par de cocineros para servirlos.

–Ya están, muchachos –les aseguró uno de ellos mientras hacían cola–. Casi listos. Entraron al amanecer.

–Eso es lo que dijiste la semana pasada –le dijo Griffiths–. Y la semana anterior.

–¡Segundo Frente ahora! –gritó alguien con voz aguda, como uno de los oradores más locos de Hyde Park.

–La verdad del Evangelio –insistió el cocinero–. Oíste los aviones durante la noche.

Los habían oído, pero había tantas incursiones importantes que no tenía por qué significar gran cosa. Todos habían estado esperando durante tanto tiempo que cada vez era más difícil creer que el entrenamiento realmente llegaría a su fin.

–Muy bien, ¿dónde?, si eres tan listo –preguntó uno de los hombres.

–Han dicho Holanda –dijo el cocinero–. Al menos eso es lo que he oído. Saldremos pronto.

–Sí, sí. ¿Qué quieres decir con «saldremos»? –preguntó Griffiths–. No creerás que estarás en el frente...

–Conocí a una chica que estaba siempre en el frente –intervino alguien–. Nunca tuvo que usar las manos para abrir puertas.

–Estaremos contigo, chaval –prosiguió el cocinero, ignorando la interrupción–. Hasta el final.

Griffiths hizo una mueca.

–¡Dios! Como si luchar contra los alemanes no fuera suficientemente malo, encima tendremos que comer tu comida. Aun así, podría envenenarme y conseguir mi billete de vuelta de esa manera.

–¿Qué? –El cocinero agitó los brazos fingiendo ira, derramando té de la taza que sostenía–. ¿Éste es todo el agradecimiento que recibo tras haber trabajado en el Ritz?

—Así es. El Ritz Café de Bognor —sugirió alguien—. Dirigido por los Hermanos Plasta.

—La próxima vez le escupes en su té, buñuelo —dijo otra voz.

—No —dijo el primero—. Podría saber mejor.

—Vamos, vamos —ladró el sargento—. Daos prisa. Quince minutos para bajarlo y luego nos vamos.

Después de una hora en el campo de tiro, la Compañía A debía realizar una marcha de ruta.

Griffiths y Judd recogieron una taza y un sándwich de picadillo de carne, y los llevaron hasta donde el resto de los hombres de la sección estaban sentados sobre las mochilas para mantenerse alejados de la hierba mojada. Hablaron un poco de la invasión y de si estaba sucediendo o no, pero sobre todo charlaron y bromearon sobre nada en particular, y hubo más debate sobre lo que se proyectaba en el cine del campo esa noche que sobre la perspectiva de un Segundo Frente.

\* \* \*

*10:35 horas, a unos kilómetros de distancia*

—«¡Arañas peludas trepando por tu trasero!» —cantaban las voces cuando las botas con clavos tocaron el asfalto de la carretera en el horario previsto.

El batallón del Regimiento de Glamorganshire todavía tenía un componente sustancial de Gales del Sur, testimonio de sus orígenes como unidad territorial, aunque, como la mayoría de los batallones en tiempos de guerra, ahora contaban con hombres de todo el país. Quizás eso le otorgaba al canto un aire de melodía, pero sólo un aire, y daba más la sensación de una multitud bulliciosa en un gran partido que de un coro entrenado.

—«¡Tuvimos que alistarnos! ¡Tuvimos que alistarnos!»  
—cantaban otra vez en coro, y Mark Crawford se mordió el labio para no unirse—. «¡Tuvimos que alistarnos en el Ejército del viejo Churchill!».

Las botas aporreaban la carretera. Nadie les ordenó marchar al mismo ritmo en un recorrido tan largo como aquél. Simplemente sucedió, según la costumbre de hombres reclutados y obligados a hacerlo todo al mismo tiempo, o rapidísimo, mañana, mediodía y noche, durante meses o años de su vida. Incluso los que se habían adelantado tendían a seguir el paso sin darse cuenta cuando caminaban uno al lado del otro. En marcha era más fácil y también ayudaba, porque, de lo contrario, uno fácilmente podría pisar los talones del que iba delante.

—«Diez chelines a la semana» —cantaban, y sus botas de combate repiqueteaban al tocar el suelo.

El ritmo era constante, casi hipnótico, y a medida que avanzaban, kilómetro tras kilómetro, lo único que se veía y oía era el grupo del hombre que iba delante y el ruido de las botas. Mark iba al lado de su pelotón, menos encerrado que ellos, pero, aun así, sentía el estado de ánimo casi de trance de una larga marcha. Ni siquiera los galeses hablaban mucho después del primer kilómetro y medio, así que cada uno tuvo que ponerse a pensar, hasta que incluso eso supuso demasiado esfuerzo.

—«¡Nada que comer, ni un puto coño!».

Las botas resonaban una y otra vez, y Kipling había acertado incluso aunque nunca hubiese marchado a ninguna parte: botas, botas, botas, kilómetros y kilómetros, hasta que no quedara nada más en el mundo.

—«Todos ampollados...».

Había un descanso cada hora, sólo uno breve, y luego seguían avanzando, kilómetro tras kilómetro.

—«¡Sobre los pies sangrantes!».